

EL POBLAMIENTO DESDE EL CALCOLITICO A LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO EN EL VALLE MEDIO DEL RIO TAJO

Kenia Muñoz López-Astilleros*

RESUMEN.—Tras exponer los materiales más significativos correspondientes al Calcolítico, Edad del Bronce y Primera Edad del Hierro recogidos en las prospecciones llevadas a cabo en el valle medio del río Tajo y reconstruir de forma aproximada el paisaje originario de la zona de estudio, se analiza la relación entre el patrón de poblamiento observado y el repertorio de recursos disponibles y se propone una lectura socio-económica concreta de dicha relación.

ABSTRACT.—This study is the result of several surveys carried out in the middle valley of the Tagus river. After a general reference to the most important archaeological materials of the Copper, Bronze and First Iron Ages in the area, a reconstruction is attempted of the original prehistoric landscapes. Finally, an analysis is made of the close relationship between the settlement patterns and the range of available resources, and a particular socio-economic interpretation of this relationship is proposed.

PALABRAS CLAVE: Edad del Cobre. Edad del Bronce. Edad del Hierro I. Prospección. Patrones de asentamiento. Recursos económicos. Complejidad social. Tajo (cuena media). Toledo.

KEY WORDS: Copper, Bronze and First Iron Age. Archaeological survey. Settlement patterns. Economic resources. Social complexity. Tagus river (middle basin). Toledo.

1. OBJETIVOS Y METODOLOGIA¹

Los objetivos fundamentales de este estudio son dos. El primero, contribuir a un mejor conocimiento de los rasgos materiales que caracterizan el Calcolítico, la Edad del Bronce y el Primer Hierro en la cuenca media del río Tajo. El segundo, analizar la relación espacial entre asentamientos humanos y recursos, como aproximación a la economía y el modo de vida de estas poblaciones en un territorio en el que nunca se ha llevado a cabo un estudio de tales características.

Para conseguir esta segunda finalidad era necesario partir de un panorama lo más completo posible de los hallazgos arqueológicos de la zona. Sin embargo, el insuficiente volumen de información disponible en el Inventario de yacimientos de la Provincia de Toledo

—depositado en la sección de Arqueología de la Diputación— obligó a plantear la prospección sistemática de un tramo concreto del valle del Tajo. Se seleccionó con este fin su margen derecha en la confluencia con el río Jarama dada la variedad de factores que la caracterizan y que permitieron confrontar su incidencia en la distribución de los asentamientos: un notable ensanchamiento de la llanura aluvial, junto a puntos en que apenas existe, y la presencia de manantiales salinos y varios afluentes menores (figs. 1, 8 y 9).

El área de estudio abarca parte de los términos municipales toledanos de Seseña y Borox, una franja de 12,5 km. de longitud por 4 km. de ancho que incluye tanto la vega como las primeras elevaciones de las márgenes (fig. 1). La prospección fue sistemática de cobertura total, con carácter intensivo en la llanura alu-

¹ Este trabajo constituye un resumen, con algunas modificaciones, de la Memoria de Licenciatura de la autora, realizada bajo la dirección del Dr. Manuel Fernández-Miranda y leída en el Departamento de Prehistoria de la U. C. M. Se integra, a su vez, dentro del proyecto "Indigenismo y Romanización en la cuenca media del río Tajo", dirigido por los Dres. M. Fernández-Miranda, D. Plácido, J. Mangas (U. C. M.) y J. Pereira (U. Castilla-La Mancha).

Quiero dar las gracias a M. Fernández-Miranda y A. Jimeno por sus valiosos comentarios sobre este trabajo y a C. Blasco, M. D. Fernández-Posse, A. Méndez, J. Pereira, E. Roquero, F. Velasco, J. R. Ortiz y L. López por su consejo en distintos aspectos de su elaboración; a J. Carrolles, que, como director del Servicio de Arqueología de la Diputación de Toledo, puso a mi disposición toda la información del Inventario Arqueológico provincial; y a T. García, S. Prieto, D. Izquierdo, G. Arroyo, A. Viñuela, A. Madrigal, D. Liébana y otros muchos amigos, por su inestimable colaboración tanto en los trabajos de campo como de laboratorio. T. García dibujó a tinta las figuras que acompañan este estudio.

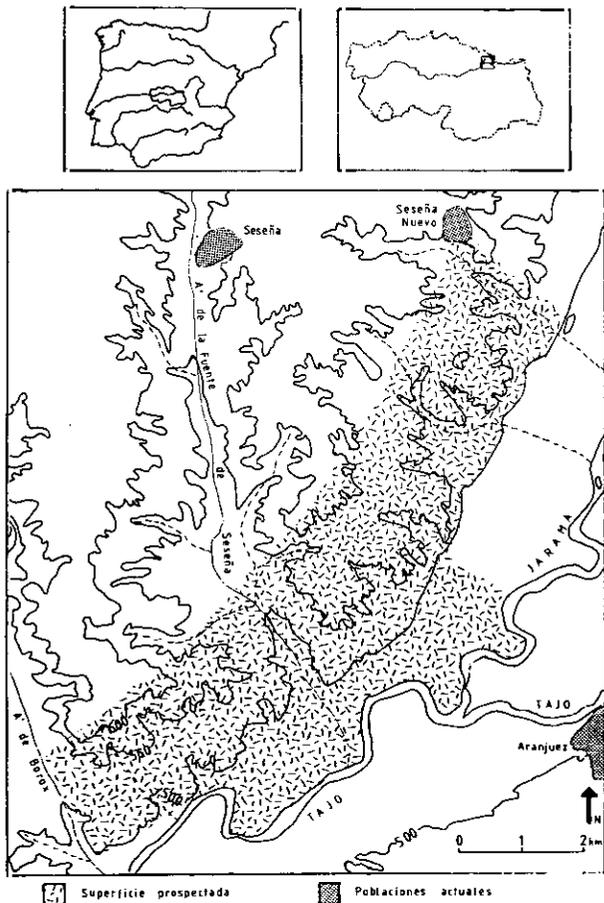


Fig. 1.—Mapa de la zona de estudio y del área prospectada.

vial y extensivo sobre las elevaciones de las márgenes. El resultado fue la localización de 49 yacimientos más otros hallazgos aislados fechables entre el Calcolítico y el final de la Primera Edad del Hierro (fig. 10), a los que se añadieron algunos materiales significativos cedidos amablemente por D. Domingo Izquierdo, de Seseña.

El estudio de un área geográfica tan pequeña ha permitido confeccionar un mapa bastante completo de los hallazgos arqueológicos de la zona que no discrimine unos sitios respecto a otros como suele ser habitual en estudios de este tipo en nuestro país (p. e. Díaz-Andreu 1991). En contrapartida, quizá pueda considerarse una muestra poco representativa por su tamaño pero se ha tenido en todo momento buen cuidado de valorar los resultados que arroja en el contexto general de la Prehistoria de la Submeseta Sur y de la Península Ibérica.

2. SECUENCIA MATERIAL: CARACTERÍSTICAS Y JUSTIFICACION

2.1. La industria lítica

La industria lítica posee escasa o nula validez como marcador cronológico. La bibliografía existente hasta la fecha coincide en considerar las láminas y las pun-

tas de flecha como indicadores de una cronología antigua, mientras que su ausencia y la aparición de dientes de hoz o denticulados parecían propios de la Edad del Bronce (Tarradell 1969; Arribas y Molina 1979: 117; Burgaleta y Sánchez-Meseguer 1988; Martínez, e. p.). Sin embargo, la aplicación de esta premisa a los datos del trabajo no resultó tan simple, ya que, si bien los dos únicos dientes de hoz se recogieron en sendos yacimientos de la transición Calcolítico Final/Bronce Inicial y del Bronce Pleno, las láminas acompañan indistintamente a materiales con cronologías tan dispares como Calcolítico, Calcolítico Final/Bronce Inicial y apogeo de la Edad del Bronce (fig. 3: nos. 10, 11 y 18, y fig. 4: nos. 3, 6 y 14; véase también Quero 1982: 235). Por otra parte, el porcentaje de denticulados en yacimientos posteriores a la Edad del Cobre era tan bajo o nulo que su presencia o ausencia podía deberse en gran medida al azar, o incluso relacionarse, sin pretender caer en una identificación simplista, con la práctica de una agricultura no intensiva. Finalmente, los dientes de hoz caracterizan también yacimientos de Cogotas I y Primera Edad del Hierro (fig. 7: no. 21 y quizá también no. 5), como es común en sitios de la citada cronología (Blasco y otros 1988: 174), mientras que piezas laminares de los mismos sitios cabría adscribir las a ocupaciones en vega anteriores al Bronce Final (fig. 7: nos. 2 y 3).

Otro dato de interés aportado por la industria lítica, y que ya había sido sugerido recientemente por algunos autores (Vallespi y otros 1987: 80), sería la posible existencia de talleres ocasionales o zonas de uso exclusivo de materiales o útiles líticos para algún fin no conocido, tanto aislados (fig. 10: no. 31, Palomar 2) como en las afueras de los poblados (fig. 10: nos. 44 y 35, Reina 6 respecto a Reina 4, respectivamente). Este hecho, junto a la abundancia de sílex tallado disperso por toda el área estudiada (fig. 2: 14), aunque no pueda desconectarse del fácil acceso a la materia prima que caracteriza geológicamente la zona (*Mapa Geológico...* 1945: 30), reforzaría la idea de un poblamiento prehistórico de gran movilidad sobre el terreno.

2.2. Calcolítico

Formas cerámicas como los vasos de paredes rectas, los vasos de perfil entrante y los cuencos hemiesféricos carecen de valor cronológico por sí mismas. Consideradas a partir de las estratigrafías de Montefrío (Arribas y Molina 1979: 76-77), en Granada, y Muñozgalindo (López 1979: 73 ss.), en Avila, propios del Calcolítico Antiguo las dos primeras y del final de la Edad del Cobre en adelante las últimas, no ocupan una posición tan clara a medida que nos adentramos en la Submeseta Sur. Aparecen tanto en Extremadura (Enríquez 1988; Gil-Mascarell y Rodríguez 1988) como en el valle del Tajo en contextos del Calcolítico Inicial, Pleno y Final (Asquerino 1979; Martínez Navarrete 1979 y 1984; Alvaro y otros 1988; Ruiz 1975), y también, aunque en menor porcentaje, en el repertorio formal propio de la Edad del Bronce (Quero 1982). Repitiendo un esquema similar, los tres tipos o algunos de ellos pueden aparecer en el área de estudio con pla-

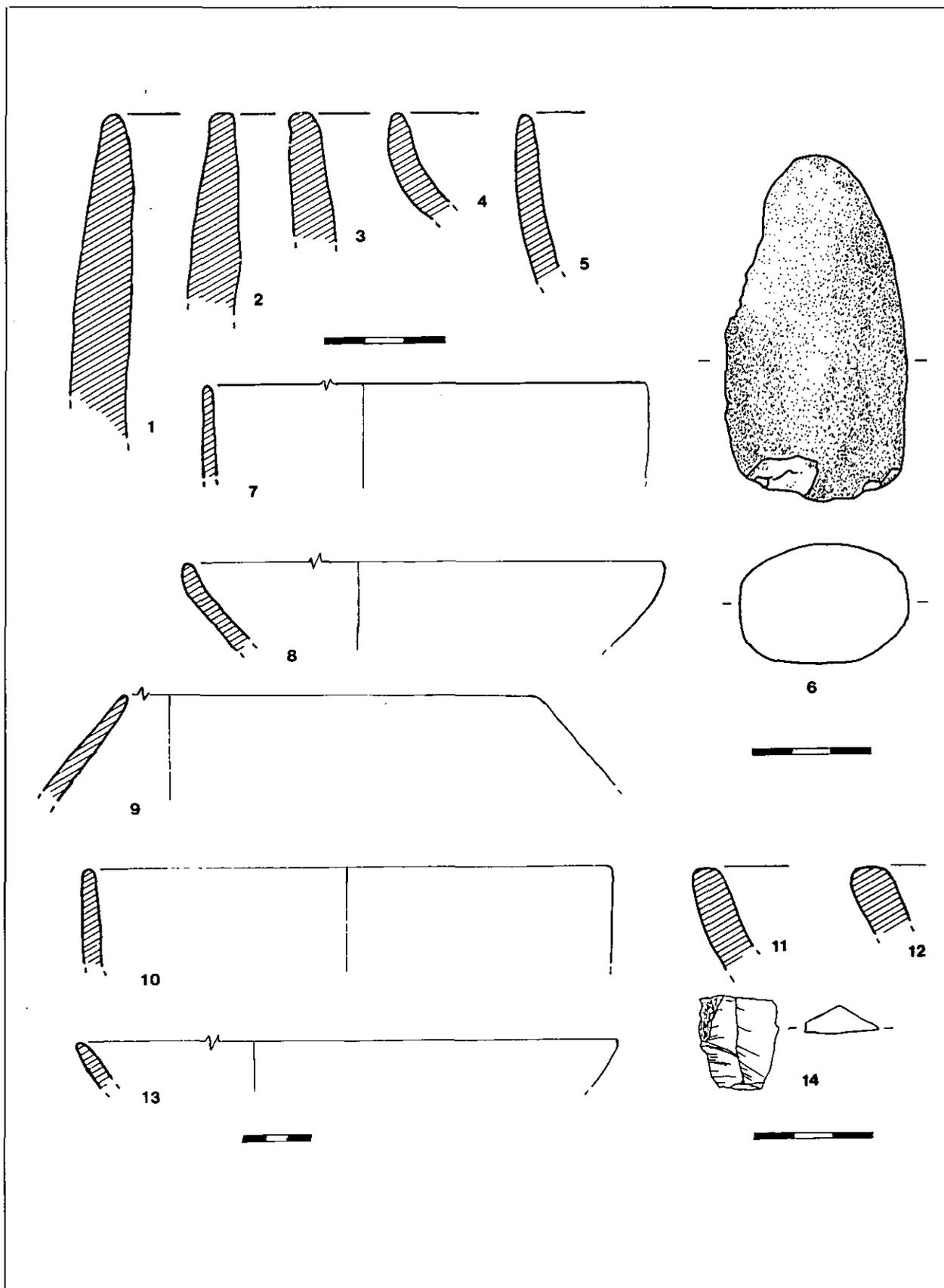


Fig. 2.—Cerro La Venta (nos. 1 al 10), Velascón 5 (nos. 11 al 13) y hallazgo aislado de Las Salinillas (no. 14).

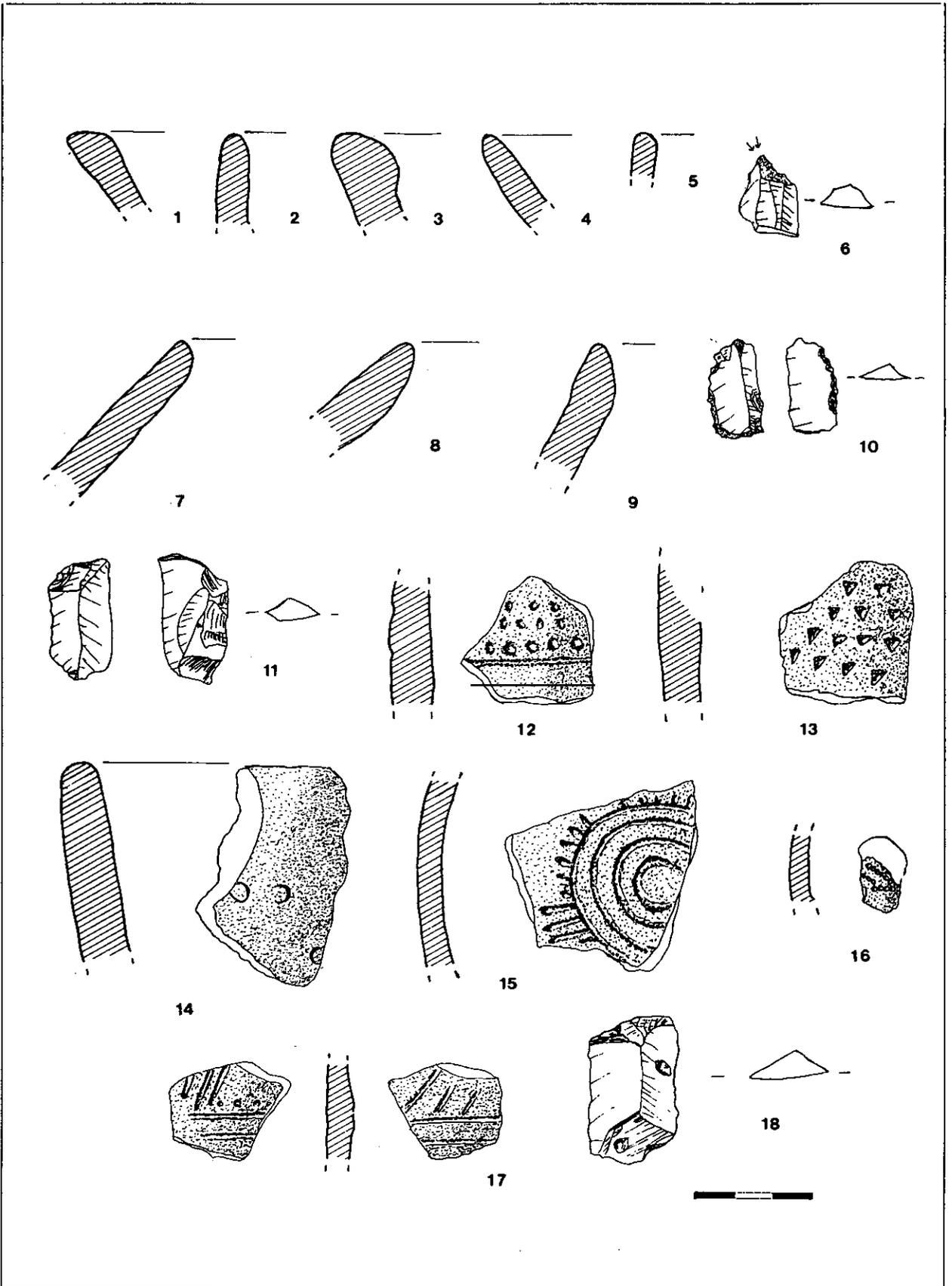


Fig. 3.—Bueyerizas I (nos. 1 al 12) y cerros de la Cantera de Dehesa Nueva del Rey (nos. 13 al 18).

tos de borde almendrado en yacimientos del Cobre Pleno (Bueyerizas 1), junto a vasos de cuello indicado y carenas en sitios de la Edad del Bronce (Reina 4, Secadero 1, Salinillas 1) (compárense las figs. 2, 3 y 5: nos. 7 y 8) e incluso con materiales de Cogotas I y la Primera Edad del Hierro en Camino Pucheros 1 y Dehesa Nueva del Rey 2.

No obstante, dentro de la dificultad general para seriar los materiales calcolíticos en la cuenca media del Tajo, quizá fuera posible aproximarse a la posición cronológica de algunos elementos. Es probable que las fuentes sin carena ocupen un momento antiguo dentro de la Edad del Cobre de la zona —representado por cerro La Venta (fig. 2: nos. 1 a 10)—, teniendo en cuenta los datos que en este sentido aportan los yacimientos de Papa Uvas (Martín de la Cruz 1986) y Montefrío (Arribas y Molina 1979: 97). También parece posible individualizar un momento equivalente al Calcolítico Pleno precampaniforme de otras áreas peninsulares (Arribas y Molina 1979: 87-89; Martín de la Cruz 1986; Hurtado 1984), caracterizado en el área de estudio, como en general en toda la Submeseta Sur, por la presencia de fuentes de borde engrosado, almendrado o biselado y por vasos esféricos, normalmente también de borde biselado, con decoración de triángulos incisos rellenos de punteado. Lo atestiguan sitios como Los Cortinales (Gil-Mascarell y Rodríguez 1988), Bella Vista y otros (Molina y otros 1979; Nájera 1984: 23) en el valle del Guadiana, Juan Barbero (Martínez Navarrete 1984), Los Castillos de Las Herencias (Alvaro y otros 1988), El Guijo (Rojas y Rodríguez 1990) y los inéditos de Bueyerizas 1 y cerros de la cantera de Dehesa Nueva (fig. 3: nos. 1 al 13) en el valle del Tajo. De esto último cabría extraer dos conclusiones: por una parte, que no se debe seguir afirmando que los platos de borde almendrado sean excepcionales en la Submeseta Sur (Delibes y otros 1988: 269), a lo que nuevos datos (Carroble y Méndez-Cabeza, 1991; Muñoz y otros, e. p.) como los que este trabajo aporta, colaboran, sino que su ausencia parece obedecer más bien a una laguna en la investigación; por otra, que la afinidad entre los datos de la Submeseta Sur y los de las principales estratigrafías del mediodía peninsular permite hablar durante la plena Edad del Cobre de una relación más dinámica entre ambos ámbitos de lo que hasta ahora se había aceptado, tal y como ya ha empezado a sugerirse (Alvaro 1987: 22-23).

2.3. Transición Calcolítico-Edad del Bronce y Bronce Pleno

El tránsito del Calcolítico a la Edad del Bronce se identifica en la zona de estudio, como sucede en gran parte de la Península Ibérica, por la aparición paulatina de formas cerámicas de cuello indicado y carenadas, acompañadas a veces por ejemplares con decoración campaniforme. Aquéllas se documentan en yacimientos de la Edad del Bronce de la región manchega (Nájera y Molina 1977), de la Submeseta Norte (Jimeno 1984) y del valle del Tajo (Quero 1982; Rojas 1988; Alvaro y Pereira 1990), entre otras. En consecuencia, parece razonable fijar la aparición de vasos

de cuello ligeramente indicado a partir del Calcolítico Final y el momento de mayor abundancia de estas formas con cuellos más marcados, carenas, cordones y decoración de digitaciones más profundas en el Bronce Pleno (Reina o cerro de la Mora, fig. 4: nos. 5 a 14 y fig. 5). Más confusa resulta la posición del fenómeno campaniforme en esta transición y la propia seriación interna de los diversos estilos (Quero 1982; Nájera 1984: 23; Alvaro 1987: 20-21; Blasco 1987: 85; Martínez Navarrete 1987: 75; Muñoz y otros, e. p.). No obstante, parece razonable aceptar la tesis de Alvaro y Pereira (Alvaro y Pereira 1990: 210; Muñoz y otros, e. p.) sobre la imposibilidad de definir un Bronce Antiguo en el valle del Tajo y la conveniencia de hablar más bien de un «horizonte formativo» donde convivirían formas y materiales del Calcolítico y de la Edad del Bronce (Alvaro y Pereira 1990: 210-211), y en el que desempeñaría un papel aún poco claro el fenómeno campaniforme.

En el área de estudio se ha documentado campaniforme puntillado en Cantera de Dehesa Nueva (fig. 3: no. 16) y campaniforme inciso en Dehesa Nueva del Rey 1 (fig. 4: no. 1). La aparición de un fragmento decorado de tipo «Dornajos» en el primero de ellos (fig. 3: no. 17) —cuya ocupación abarca desde el Calcolítico Pleno a la transición Calcolítico Final / Bronce Inicial—, reforzaría hipótesis recientes (Díaz-Andreu 1991: 562-567) que otorgan a este grupo decorativo un arranque más antiguo que el tradicionalmente aceptado de Bronce Pleno.

2.4. Bronce Final

El Bronce Final está representado en el área de trabajo tan sólo por dos yacimientos, Dehesa Nueva del Rey 2 y Camino Pucheros 1, con material poco típico que tiene sus principales paralelos en la zona de San Martín de la Vega (Méndez y Gálvez 1984: fig. 3 no. 7; Martínez Navarrete y Méndez 1983: fig. 12 nos. 1 y 6) y Perales del Río (Blasco y otros 1991: fig. 31 no. 188 y fig. 28 nos. 139, 150 y 151).

2.5. Primera Edad del Hierro

La Primera Edad del Hierro, por el contrario, pese a estar documentada sólo en tres yacimientos (Camino Pucheros 1, Requena y Dehesa Nueva del Rey 2), aparece bien caracterizada (figs. 6 —excepto los nos. 2 y 3— y 7). Conviven cerámicas de dos tipos, unas finas y bruñidas y otras gruesas pertenecientes a vasos comunes de mayor tamaño. La vajilla fina se caracteriza por cuencos troncocónicos (fig. 6: nos. 1, 3 y 5) y formas carenadas con mamelones perforados, frecuentemente decoradas estas últimas mediante incisión en una banda sobre la línea de carena, distribuida en metopas (fig. 6: nos. 2 y 8; fig. 7: nos. 17 a 20). También está presente la pintura postcocción en rojo y el acabado a la almagra (fig. 6: no. 6); sin embargo, no se ha documentado el grafitado. La cerámica común presenta superficies alisadas y escobilladas, decoradas con impresiones, ungulaciones o digitaciones en el labio y en el cuello (fig. 6: nos. 4 y 9; fig. 7: nos. 6 y 7).

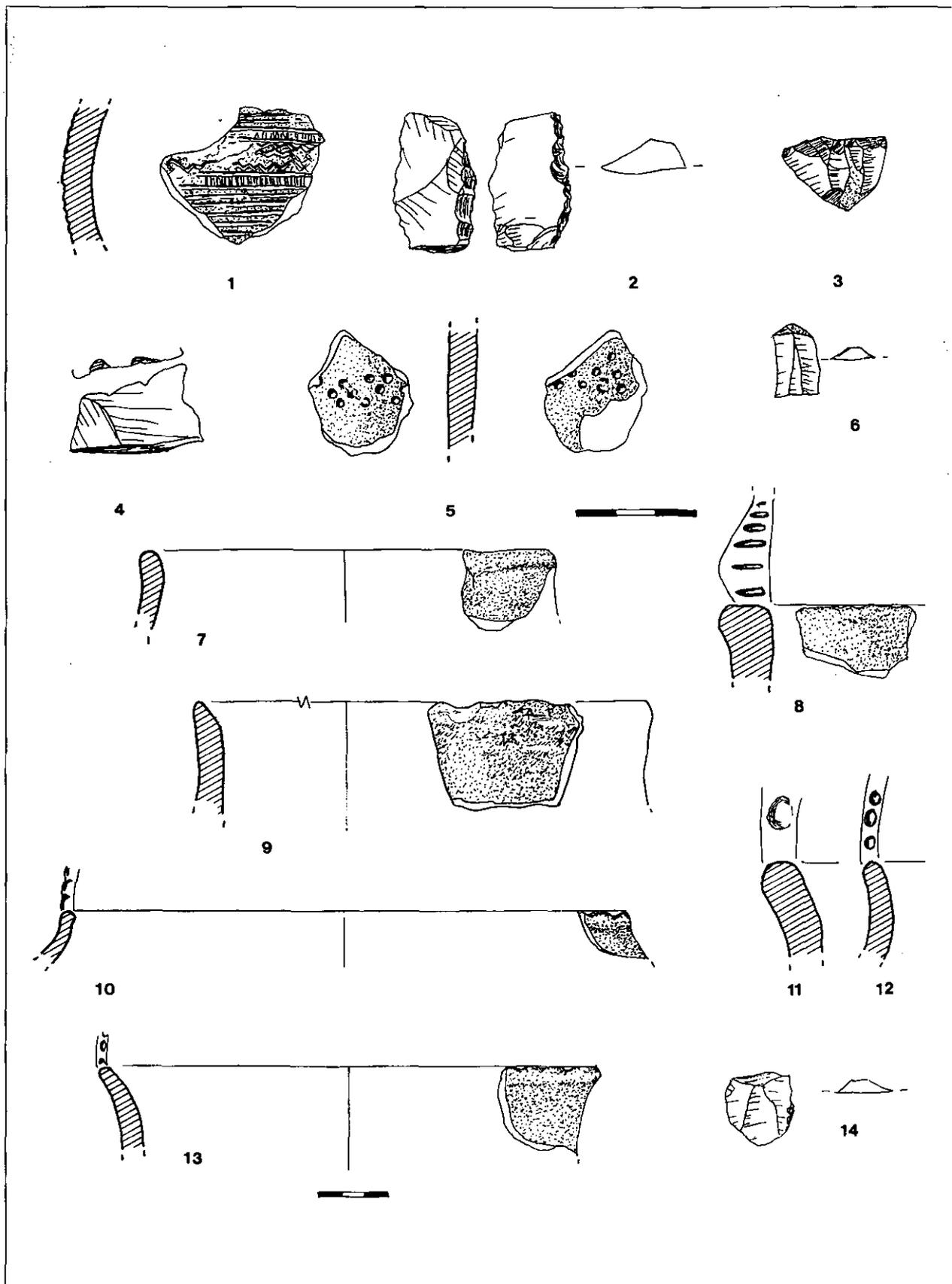


Fig. 4.—Dehesa Nueva del Rey 1 (nos. 1 al 4) y Reina o cerro de la Mora (nos. 5 al 14).

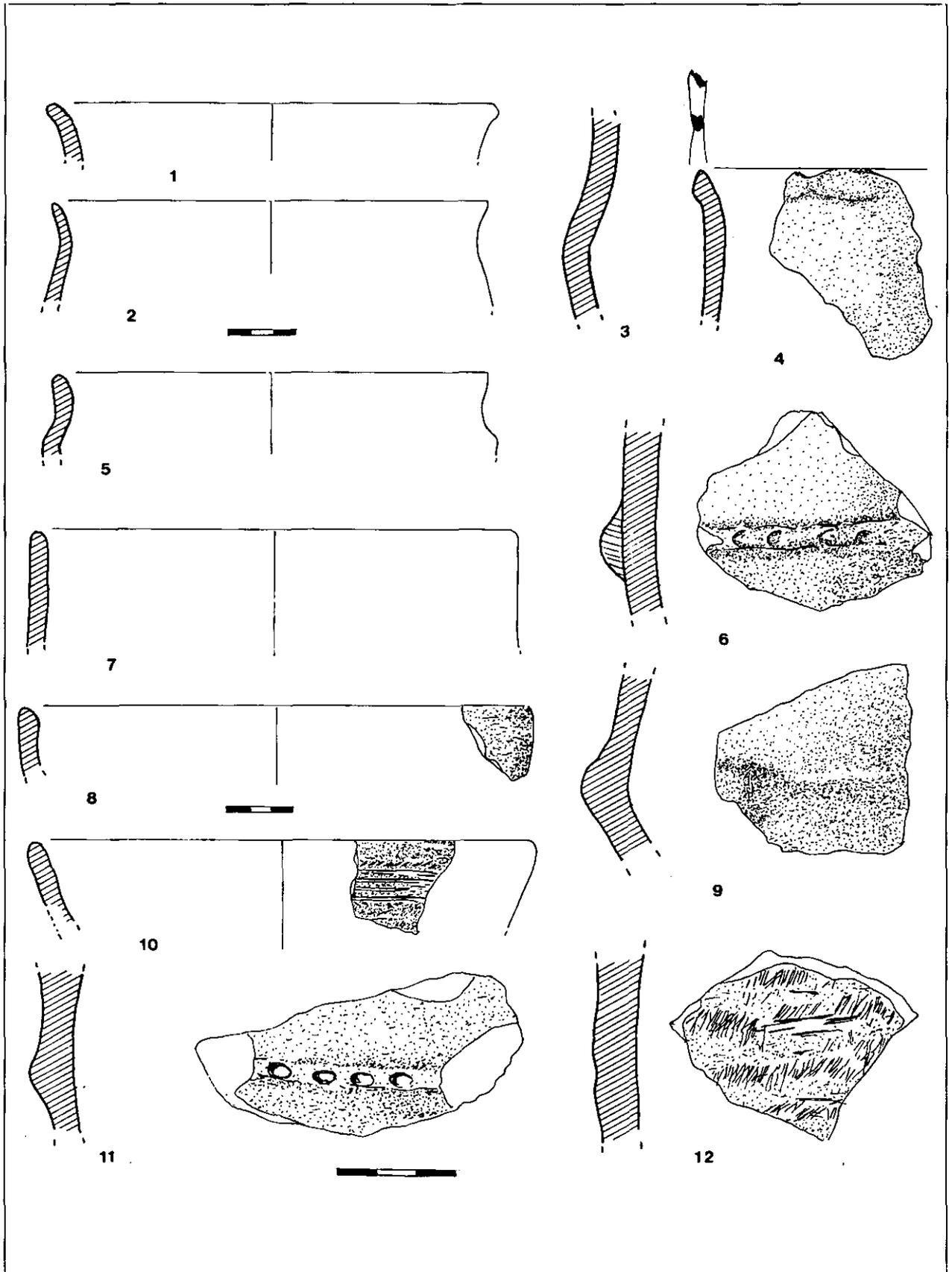


Fig. 5.—Reina o cerro de la Mora.

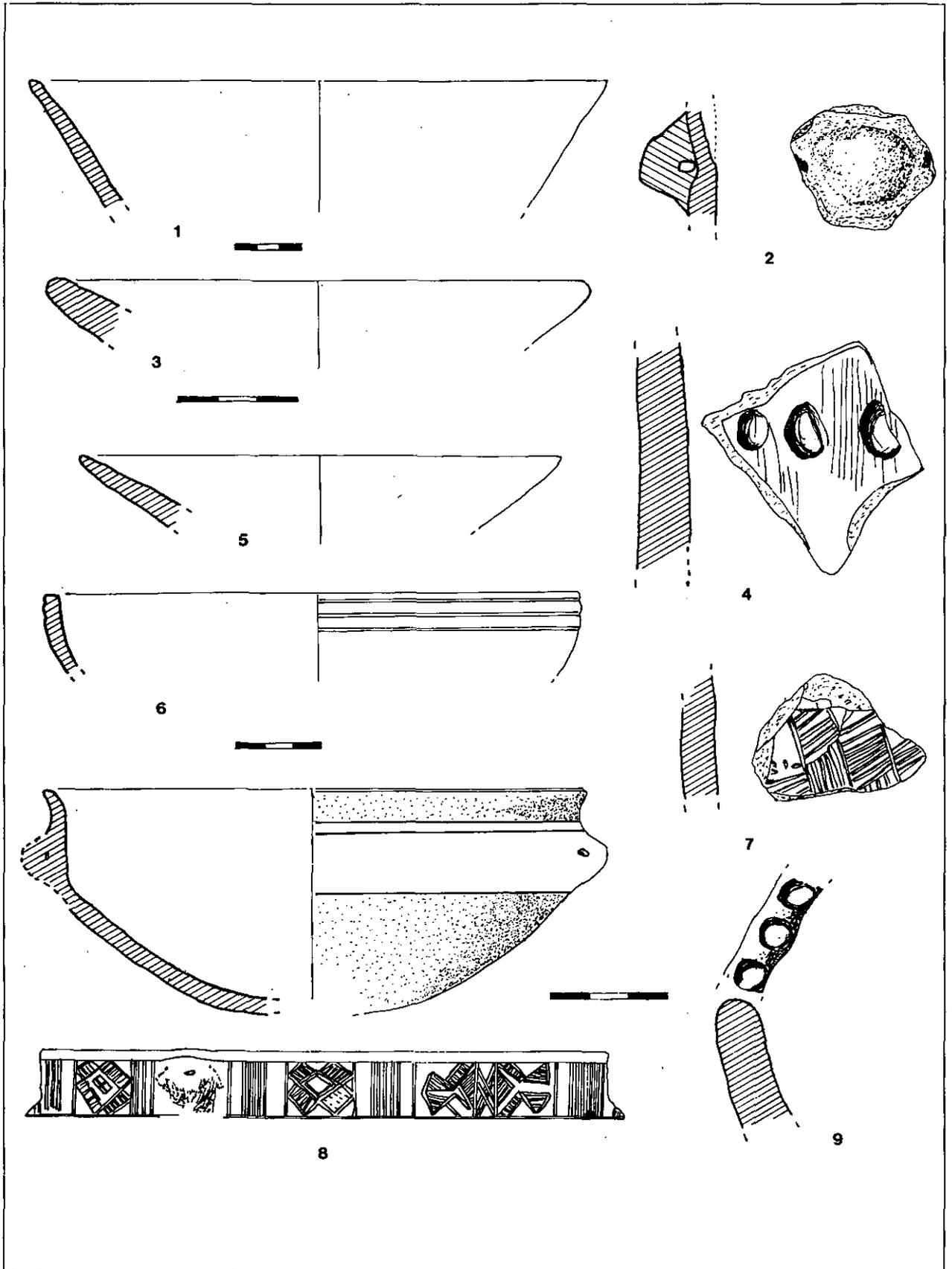


Fig. 6.—Requena (nos. 1 al 4) y Camino de los Pucheros 1 (nos. 5 al 9).

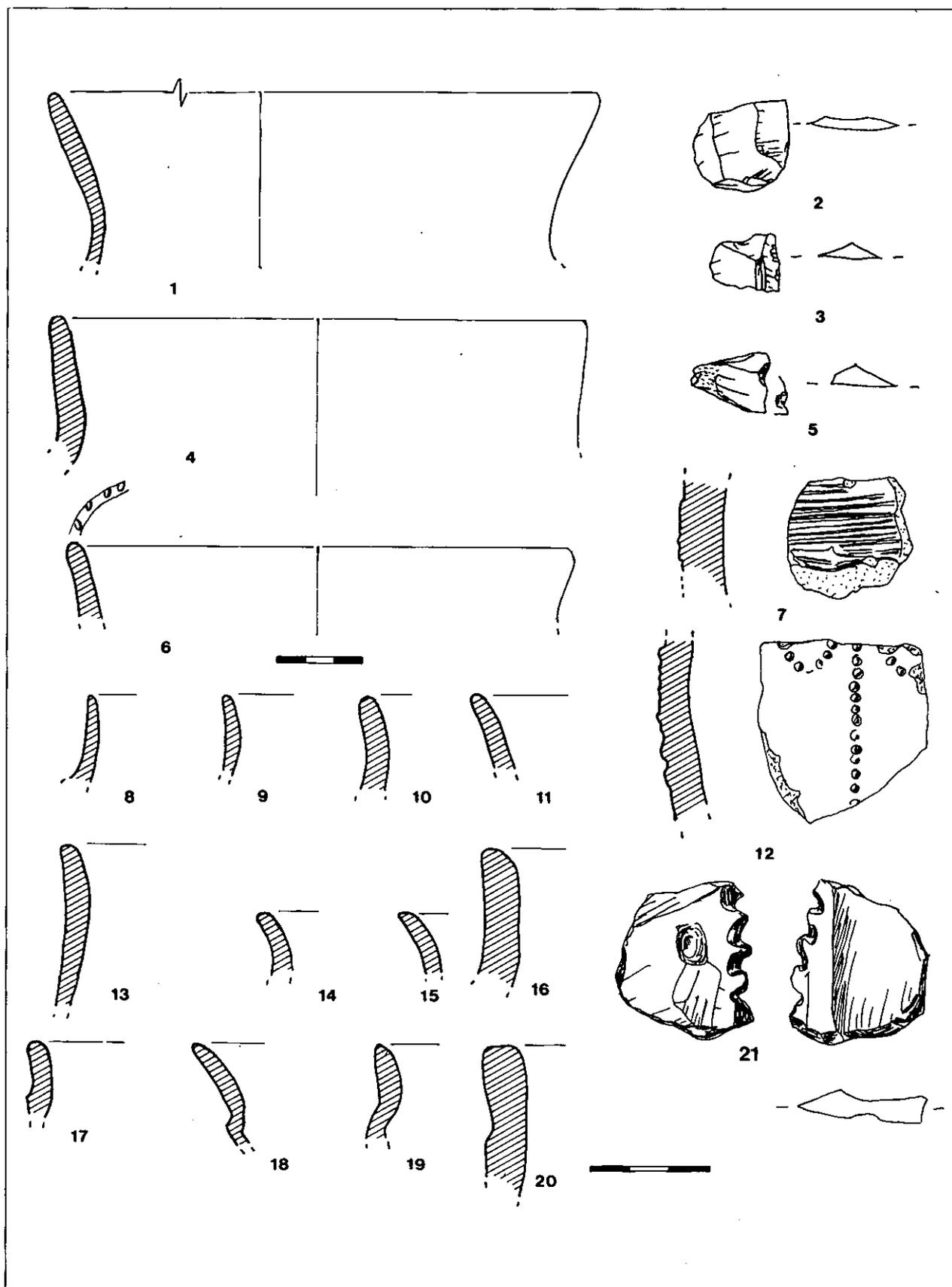


Fig. 7.—Camino de los Pucheros 1 (nos. 1 al 5 y 7 al 21) y Dehesa Nueva del Rey 2 (no. 6).

La documentación relativamente reciente de la decoración incisa como uno de los rasgos distintivos de la Primera Edad del Hierro en la Submeseta Sur, descubierta hasta ahora en Madrid, el corredor del Henares y otros puntos de Guadalajara, Cuenca y Ciudad Real (Valiente 1984; Blasco y otros 1988: 161), aumenta su ámbito de difusión con estos hallazgos inéditos de la provincia de Toledo (fig. 6: nos. 7 y 8), lo que pone de manifiesto que el vacío previo en el valle medio del Tajo (Pereira y Alvaro 1990) correspondía más a una laguna en la investigación que a una ausencia real de yacimientos de este tipo. Sin embargo, dentro del panorama general del Hierro I de la Submeseta Sur, otros rasgos como la presencia de almagra, el abundante escobillado y la ausencia de grafitado, emparentan directamente la zona de estudio con el área madrileña, de la que constituye su prolongación natural hacia el Oeste, frente a otras áreas, como la de Guadalajara, donde abunda el grafitado y suelen faltar el escobillado y la almagra (Valiente 1984; Blasco y otros 1988: 153 y 155), o la del occidente de la provincia de Toledo, donde falta la decoración incisa y predominan notablemente los rasgos meridionales (Pereira y Alvaro 1990).

Sin embargo, y a pesar de estas diferencias, parece evidente que el valle del río Tajo y los de sus afluentes funcionan durante la Primera Edad del Hierro como vías de comunicación Este-Oeste y Norte-Sur por donde viajan influencias y elementos materiales tanto entre sus tierras ribereñas como a larga distancia. Un ejemplo palpable de ello es la «ruta» que jalonan los hallazgos de decoración cerámica de botones de bronce. Esta trayectoria, que se iniciaría entre el siglo IX y el VIII a. C. en yacimientos andaluces como el Llanete de los Moros (Martín de la Cruz 1987: 205 y figs. 21 no. 144 y fig. 35 no. 322) o los del área granadina (Molina y otros 1983), tendría sus puntos más septentrionales en Alarcos (Ciudad Real) (Pereira, e. p.) y El Carpio (Pereira y Alvaro 1990: 222-223 y fig. 4 no. 6), en la de Toledo, ambos del siglo VII a. C. (Pereira, e. p.). A ellos habría que añadir ahora el inédito de Camino Pucheros 1, en Borox (fig. 7: no. 12), probablemente con una cronología similar. Los caminos seguidos por el citado elemento entre el mediodía y el interior peninsular pudieron ser dos, ambos documentados arqueológicamente. El primero iría desde el Bajo Guadalquivir, con el hallazgo de Setefilla del siglo VII a. C., pasando por Extremadura, donde aparecen con cronología similar en Medellín (Del Amo 1973), y llegaría al Tajo, remontándolo; el segundo partiría de Córdoba, con los ejemplares de Montoro o de Extremadura, y pasando por Ciudad Real y los montes de Toledo alcanzaría la zona de Aranjuez.

3. APROXIMACION AL PAISAJE ORIGINARIO Y LOS RECURSOS DE LAS MARGENES DEL TAJO

Desde el punto de vista del relieve, el área de trabajo se compone de dos grandes unidades (figs. 1, 8 y 9): la zona alta, que constituye los márgenes de los va-

lles del Tajo y del Jarama, con una elevación superior a los 500 m. s. n. m. y un desnivel relativo de 20 a 40 m. sobre la llanura aluvial; y la zona baja o vega, que corresponde a dichos valles, excavados en el antiguo nivel terciario de los terrenos (*Mapa Geológico...* 1945: 15-17). La zona alta está formada por materiales miocénicos que se configuran en tres horizontes —inferior arcilloso, medio margo-arenoso, a veces muy rico en yesos, y superior calizo (fig. 8) (*Mapa Geológico...* 1945: 15-17)—, de los que frecuentemente suele faltar el calizo, que tan sólo corona las cotas más altas, lo que origina, por un lado, un paisaje de suaves ondulaciones sin grandes desniveles —salvo en el talud de contacto con la vega y los barrancos que desembocan en ella—, y, por otro, deja al descubierto las margas yesíferas, que constituyen litofacies muy desfavorables para el crecimiento de la vegetación (Madoz 1848-1950, IV: 414; *Mapa Geológico...* 1945: 53; *Mapa de la Productividad...* 1985: 16; Porres y otros 1986: 64 y 66). En efecto, aunque actualmente la mayor parte de la formación terciaria está cultivada de cereal en secano (fig. 9), la información que proporcionan las fuentes históricas revela que esto no siempre fue así —en el siglo XVI aún se estaban poniendo baldíos en cultivo (Jiménez 1962-1986, III: 218)—, por no mencionar que la rentabilización del secano sobre terrenos margosos y yesíferos está íntimamente relacionada con el empleo de fertilizantes, y que, a pesar de ello, aún hoy como antaño (Porres y otros 1986: 13, 93 y 98), sigue siendo necesario respetar períodos de descanso y regeneración de la tierra. Este tipo de suelos tampoco habría sostenido nunca una masa forestal considerable —que, en todo caso, habría desaparecido ya en el siglo XVIII (Jiménez 1962-1986, I: 93; Idem, III: 217; Porres y otros 1986: 125)—, debido tanto a su misma naturaleza yesosa como a la falta de humedad (*Mapa de la Productividad...* 1985: 12 ss.). La vegetación originaria varía desde la garriga en las zonas menos degradadas al matorral típicamente gipsícola en las zonas más ricas en yesos, acompañados de forma dispersa por la encina y algunas manchas de pino carrasco (*Mapa de la Productividad...* 1985: 12 ss.). Conviene señalar que los matorrales, herbazales y eriales que permanecen incultos pueden ser aprovechados para el pastoreo de ganado, especialmente de oveja y cabra (Montoya 1983: 18-19, 75, 80-81).

El talud de contacto entre zona alta y baja tiene, además, el interés de ser uno de los puntos donde el nivel freático está más cerca de la superficie (*Mapa Geológico...* 1945: 37 ss., especialmente 40-43) e incluso pueden producirse surgencias naturales de agua que, dada la naturaleza yesífera de los terrenos, suele ser salitrosa (Jiménez 1962-1986, I: 97; Porres y otros 1986: 71; Madoz 1848-1850, XIV: 205; López y Arroyo 1983: 340-341) y puede alimentar tipos específicos de pastizal (Montoya 1983: 61 ss.). En concreto, en el lugar denominado Las Salinillas (fig. 8) existe un manantial salino, actualmente seco, que estuvo antaño en explotación (*Mapa Geológico...* 1945: 47-48) y al que probablemente ya se refieren las fuentes en el siglo XIII (Jiménez 1962-1983, I: 126; Idem, II: 388; Porres y otros 1986: 72). La importancia de este fenómeno radica en que la sal es un elemento

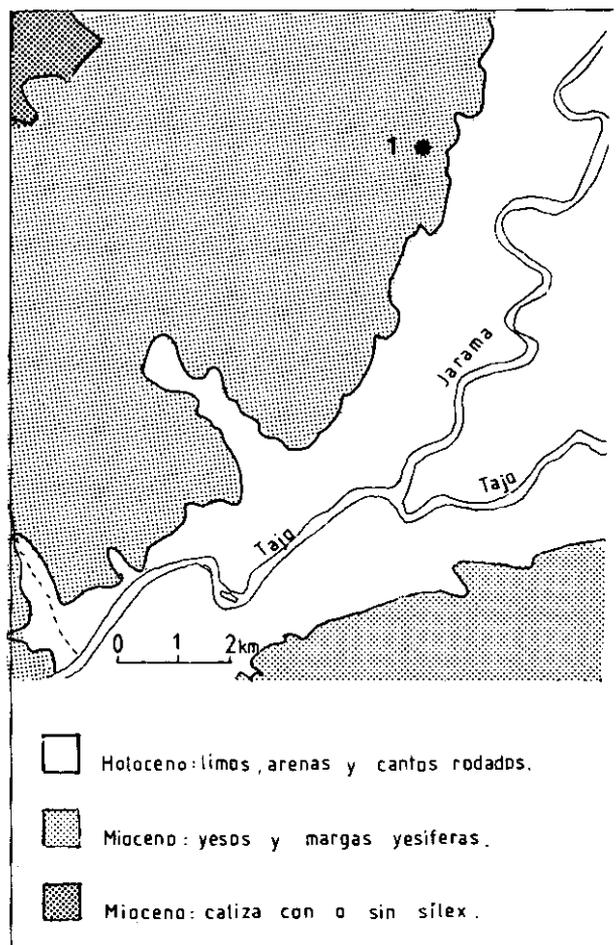


Fig. 8.—Mapa geológico. 1. Las Salinillas.

fundamental en la dieta humana y animal, en especial la de los herbívoros, y, por tanto, en una economía con fuerte componente ganadero. Otro recurso especialmente valioso para las poblaciones prehistóricas, el sílex, es relativamente abundante en el área de trabajo y de fácil acceso, ya que acompaña frecuentemente a las calizas miocénicas (fig. 8; *Mapa Geológico...* 1945: 30) y, mediante disgregación, se dispersa en nódulos por el terreno. No hay, sin embargo, afloramientos de cobre (Montero y otros 1990).

Frente a la zona alta la vega está compuesta de materiales cuaternarios holocénicos: limos, arenas y cantos rodados (fig. 8) (*Mapa Geológico...* 1945: 15-17). Estos constituyen, en principio, buenas tierras para cultivo y pastos, especialmente si son regadas (fig. 9; Jiménez 1962-1986, I: 469; Porres y otros 1986: 18; Madoz, 1848-1850, II: 442; *Idem*, XIV: 783; *Evaluación de Recursos...* 1982: 15 ss.). Sin embargo, hasta el siglo XVIII esta zona baja estuvo ocupada mayoritariamente por sotos y dehesas, y, en mucha menor medida, por cultivos de cereal en secano.

Los sotos, constituidos por los árboles y matorrales altos que crecían junto al cauce del río (Jiménez 1962-1986, I: 93 y 472; *Idem*, II: 386; Madoz 1848-1850, XIV: 559), están muy empobrecidos hoy en día, restringidos gran parte de las veces a mera toponimia. Las dehesas,

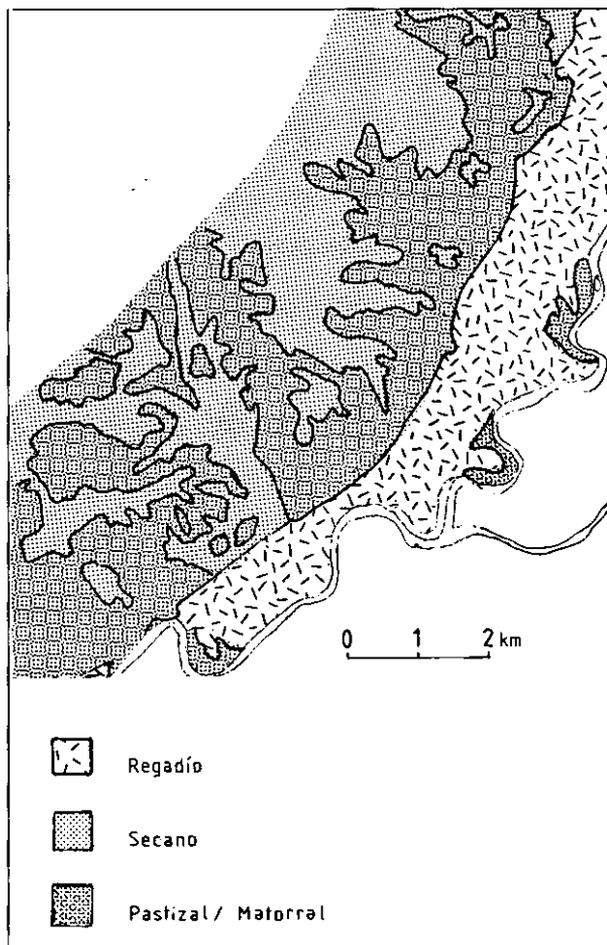


Fig. 9.—Mapa de usos actuales del suelo.

por su parte, correspondían a aquellos tramos de la vega más alejados del cauce donde crecían pastos (Jiménez 1962-1986, I: 95; *Idem*, II: 386; *Idem*, III: 223; Madoz 1848-1850, II: 439), explotados para ganado bovino al menos desde el siglo XIII (Jiménez 1962-1986, I: 95) hasta la actualidad; ello se debe a que el tipo de pastizal que las caracteriza, húmedo y con frecuencia encharcado, sobre terreno eminentemente llano, es especialmente indicado para el vacuno (Montoya 1983: 61 y 78). Los escasos suelos de la llanura aluvial que se reservaban para el cultivo de cereal eran de secano hasta la construcción de la Real Acequia del Jarama en el siglo XVIII (Jiménez 1962-1986, I: 93; *Idem*, III: 223); anteriormente el único regadío existente en la zona era «de pie», mediante fuentes o pozos que permitían sostener huertas pequeñas pero ricas en los cauces de los arroyos mayores (Jiménez 1962-1986, I: 93 y 125; Porres y otros 1986: 25, 71 y 427). Bastante improbable sería aprovechar para el mismo fin y con una tecnología primitiva las inundaciones del río Tajo (Madoz 1848-1850, XIV: 784), que se desbordaba con las fuertes lluvias de invierno, anegaba la vega y la dejaba encharcada (Madoz 1848-1850, IV: 437 y 441-442; *Idem*, XIV: 784). Esta dificultad de drenaje transformaría la llanura aluvial en un lugar pantanoso e insano durante gran parte del año (Jiménez 1962-1986, I: 93, 96 y

471; Madoz 1848-1850, II: 430), poco adecuado para el asentamiento humano. No obstante, parece que enfermedades propias de este tipo de terrenos como la malaria, no hacen su aparición en el Mediterráneo hasta la llegada de los cartagineses (Brown 1982).

Frente a las precipitaciones invernales, más abundantes, en verano se registran valores mínimos (*Caracterización...* 1988: cuadro 15: Illescas, Mocejón y Ocaña), que dan origen a un fuerte estiaje en los pequeños cursos de agua (*Mapa Geológico...* 1945: 15-17). La caracterización agroclimática es favorable, en general, al cultivo, entre otros, de cereales de invierno -trigo, cebada, avena y centeno-, leguminosas en régimen de regadío, veza, trébol subterráneo -que constituye un pastizal muy apreciado-, vid y olivo (*Caracterización...* 1988: 35, 37, 38, 44 y 56). Finalmente, tanto las elevaciones terciarias de las márgenes del Tajo y del Jarama como la vega han sostenido tradicionalmente una abundante caza (Jiménez 1962-1986, II: 386; Madoz 1848-1850, II: 430; *Idem*, XIV: 205 y 792), que incluía el jabalí (Bonet, 1987: 19). Hoy en día el repertorio de especies se reduce a conejos, liebres, perdices, codornices, anátidas y otras aves pequeñas, y algunos zorros. Apenas queda nada, sin embargo, de la antaño extraordinaria riqueza piscícola del Tajo y del Jarama (Jiménez 1962-1986, I: 472; *Idem*, II: 387; *Idem*, III: 217; Madoz 1848-1850, II: 430; *Idem*, XIV: 792).

4. LA EVOLUCION DEL POBLAMIENTO: EL LARGO TRANSITO HACIA LA COMPLEJIDAD SOCIAL

La superposición de la distribución de yacimientos por segmentos cronológicos a los mapas del paisaje y a la reconstrucción del aspecto originario del mismo reveló que el patrón de poblamiento de la zona de estudio se divide en dos grandes tipos, en altura y en vega, correspondientes al Calcolítico-Bronce Pleno y al Bronce Final-Hierro I respectivamente (fig. 10), lo que refleja posiblemente dos maneras distintas de concepción del espacio.

Aunque existieron algunos yacimientos anteriores a Cogotas I en la llanura aluvial (fig. 10: no. 49, Dehesa Nueva del Rey 1), la inmensa mayoría se sitúa en el borde de las elevaciones terciarias que rodean la vega del Tajo y del Jarama por su margen derecha (fig. 10: nos. 1 a 45), despreciando la gran masa interior de dichas elevaciones que permaneció prácticamente deshabitada a lo largo de la Prehistoria —como parece deducirse de las noticias recogidas tanto de coleccionistas locales como del Inventario Arqueológico de Toledo—. Sólo vuelven a repetirse los grandes poblados en las cabeceras y márgenes de los afluentes principales de los citados ríos; así cabe interpretar los conjuntos de Alameda de la Sagra y Pantoja en el arroyo Guatén o el de El Caño en el de la Fuente de Seseña (Muñoz 1990: 27).

Dentro de los bordes de la mesa miocénica, el tramo de elevaciones que presenta grandes poblados es el de la confluencia de los ríos Tajo y Jarama, donde la lla-

nura aluvial se ensancha notablemente, mientras que el sector que parece menos ocupado es el que posee una vega más estrecha (figs. 8 y 9). A esto se añade que los asentamientos se concentran en elevaciones con control visual directo sobre el valle o que, si carecen de él, tratan de tener al menos visibilidad parcial o colocar un asentamiento secundario de tipo vigía entre ellos y el borde de la llanura (fig. 11: nos. 25 y 14, Velascón 8 respecto a Velascón 2, respectivamente). Por todo lo dicho parece lógico pensar que el factor principal que articula el poblamiento desde el Calcolítico hasta el Bronce Pleno en el área de estudio, y probablemente en todo el valle medio del Tajo, sea el control y aprovechamiento de la vega y de la zona de contacto entre ésta y la mesa terciaria que la bordea. Ello explicaría también el hecho de que en la desembocadura del arroyo Guatén, aguas abajo del área de trabajo, se ocupen los denominados «cerros-isla», restos de antiguas terrazas que han quedado aisladas dentro de la llanura aluvial del Tajo (Muñoz 1990: 27). La causa probablemente reside en la riqueza potencial de la llanura aluvial frente a los terrenos circundantes. Las elevaciones terciarias, sobre todo los tramos de margas yesíferas, son, en general, poco propicias para toda clase de cultivos o vegetación. Sin embargo, la vega posee mejor suelo que los eriales de yeso y resulta más productivo, debido a la elevada humedad natural de sus suelos, con un nivel freático muy próximo a la superficie. La reconstrucción del paisaje de la llanura aluvial en época prehistórica no distaría mucho, salvando las distancias, del que presentan las fuentes medievales y anteriores a las grandes canalizaciones del siglo XVIII: dehesas de pastos para ganado vacuno, algunos campos de cultivo en seco y frondosos arbolados con abundante caza, amén de los recursos piscícolas de Tajo y Jarama; mientras que las elevaciones más próximas al valle se aprovecharían para la caza y el pastoreo de ovejas y cabras. Algo similar parece documentarse en el yacimiento calcolítico de Juan Barbero (Madrid), con emplazamiento y entorno parecidos a los descritos, donde se recogieron en superficie, de mayor a menor importancia, restos de conejo, ovicáprido, lince, caballo y bóvido, así como improntas de cereal en una cerámica (Martínez Navarrete 1984: 29 y 31).

En favor de un importante componente ganadero en la economía de aquellas gentes obraría además el hecho de que la mayoría de los caseríos y los grandes poblados se sitúen en las márgenes de los barrancos (figs. 10 y 11) -donde pueden producirse surgencias naturales de aguas salitrosas- y, en especial, el que dos de los puntos donde se concentra el poblamiento dentro del tramo con vega más amplia sean, de Norte a Sur, el antiguo manantial salino de Las Salinillas, antaño en explotación, y el barranco de la Cantera de Dehesa Nueva, aún hoy uno de los más húmedos de los contornos pese al descenso general del nivel freático en la zona (fig. 11).

Todos los rasgos de poblamiento expuestos hasta ahora son aplicables sin excepción desde el Calcolítico hasta el Bronce Pleno, sin que se observen cambios en los intereses que lo rigen ni, en consecuencia, en el aprovechamiento de recursos que de ellos puede desprenderse. Esto podría explicar la ausencia de grandes trans-

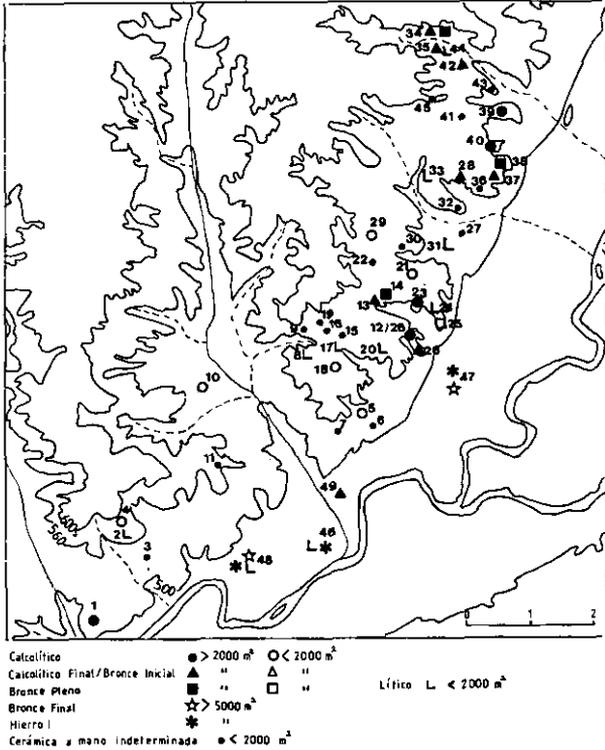


Fig. 10.—Dispersión general de yacimientos:

- | | |
|---------------------------------|--------------------------|
| 1. Cerro La Venta | 24. Velascón 7 |
| 2. Camino Quinto D. Eduardo 1 | 25. Velascón 8 |
| 3. Arroyo Valdebajares 2 | 26. Cantera Dehesa Nueva |
| 4. Camino Quinto D. Eduardo 2 | 27. Palomar 1 |
| 5. Calera 1 | 28. Salinillas 4 |
| 6. Calera 3 | 29. Mesa Cantera Palomo |
| 7. Calera 4 | 30. Limite Nava Rey |
| 8. Parra 1 | 31. Palomar 2 |
| 9. Parra 2 | 32. Salinillas 2 |
| 10. Cerro Mecache | 33. Salinillas 5 |
| 11. Picote Soldao | 34. Reina o cerro Mora |
| 12. Cerros Cantera Dehesa Nueva | 35. Reina 4 |
| 13. Velascón 1 | 36. Jesús del Cerro 1 |
| 14. Velascón 2 | 37. Secadero 1 |
| 15. Cerro Camino Canto | 38. Salinillas 1 |
| 16. Loma Camino Canto | 39. Bueyerizas 1 |
| 17. Vaguada Parra | 40. Secadero 2 |
| 18. Ladera Parra | 41. Majuelo Grande HD1 |
| 19. Barbecho Santo | 42. Majuelo Grande HD2 |
| 20. Loma del Cantal | 43. Majuelo Grande 2 |
| 21. Mesa Velascón | 44. Reina 6 |
| 22. Ladera los Prados | 45. Majuelo Grande 3 |
| 23. Velascón 5 | 46. Requena |
| | 47. Dehesa Nueva Rey 2 |
| | 48. Camino Pucheros 1 |
| | 49. Dehesa Nueva Rey 1 |

formaciones en la tecnología lítica, que probablemente se emplearía a lo largo de toda la secuencia para los mismos fines. La única tendencia general que puede observarse es el aumento de la capacidad del hombre para sacar mayor rendimiento del mismo territorio, traducida en un crecimiento demográfico y éste a su vez en el aumento significativo y constante de la extensión de los asentamientos a lo largo de la secuencia.

Sin embargo, ello no conlleva que los sitios sean ocupados durante un largo período de tiempo sino que la población se mueve sobre el paisaje. En las márgenes

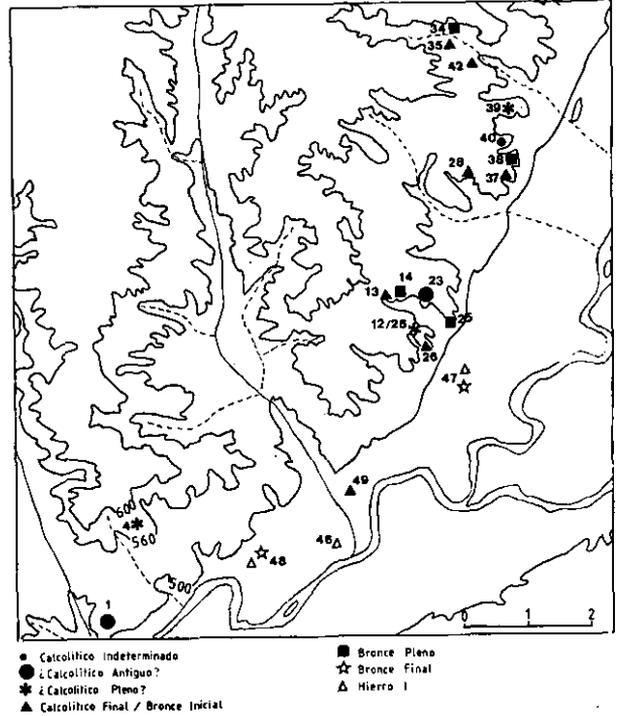


Fig. 11.—Dispersión de yacimientos de más de 2.000 m². de superficie (los yacimientos n.º 4 y 25 tienen una superficie inferior a 2.000 m²):

- | | |
|---------------------------------|------------------------|
| 1. Cerro La Venta | 35. Reina 4 |
| 4. Camino Quinto D. Eduardo 2 | 37. Secadero 1 |
| 12. Cerros Cantera Dehesa Nueva | 38. Salinillas 1 |
| 13. Velascón 1 | 39. Bueyerizas 1 |
| 14. Velascón 2 | 40. Secadero 2 |
| 23. Velascón 5 | 42. Majuelo Grande HD2 |
| 25. Velascón 8 | 46. Requena |
| 26. Cantera Dehesa Nueva | 47. Dehesa Nueva Rey 2 |
| 28. Salinillas 4 | 48. Camino Pucheros 1 |
| 34. Reina o cerro Mora | 49. Dehesa Nueva Rey 1 |

de los dos principales lugares de interés, el barranco de la Cantera de Dehesa Nueva y el paraje de Las Salinillas, se disponen escalonadamente ocupaciones de distintos momentos de la secuencia Cobre-Bronce Pleno (fig. 11). Su aprovechamiento del medio podría ser del tipo denominado «de rozas» (Boserup, 1984): se clarean mediante tala o fuego los tramos de vega más próximos al poblado, parte de los cuales se dedicarían a pastos húmedos, especialmente apropiados para ganado vacuno, y otros pudieran ponerse en cultivo —quizá aquéllos situados en terrazas por encima de la llanura de inundación, más resguardados de inundaciones y encharcamientos—; en las elevaciones de las márgenes es probable que se cazase y, tras clarear la vegetación más leñosa, se pastoreasen ovejas y cabras. Una vez agotado el suelo y los pastos, el poblado se trasladaría a otro lugar hasta que el tramo explotado recuperase su productividad, comenzando de nuevo el ciclo, sin que sea posible precisar si se trata en todo momento de una misma población o de gentes distintas cada vez. Concuerdan con este esquema móvil de poblamiento dos datos adicionales: la enorme profusión de pequeños asentamientos de tipo «caserío» in-

feriores a 2.000 m², que difícilmente pudieron funcionar simultáneamente, y la dispersión de talleres y restos líticos (fig. 10).

A partir del Bronce Final y durante la Primera Edad del Hierro se produjo un cambio radical en el emplazamiento de los asentamientos. Antes se ubicaban casi de forma absoluta en cerros y ahora por el contrario lo hacen en la llanura aluvial de los ríos Tajo y Jarama (figs. 10 y 11: nos. 46 a 48). El cambio no implica una transformación en el repertorio de recursos aprovechados, puesto que el eje económico seguiría siendo la vega, ni en el régimen itinerante de ocupación del territorio -difícilmente dos grandes poblados del Primer Hierro como Camino Pucheros 1 y Requena (figs. 10 y 11: nos. 48 y 46, respectivamente) pudieron ser contemporáneos-, pero sí refleja seguramente una ruptura en el concepto de la relación precedente entre hábitat y entorno. Desaparecen asimismo los asentamientos pequeños, los caseríos y los yacimientos dispersos exclusivamente líticos, y predominan los grandes poblados, lo que por un lado confirma la tendencia al aumento demográfico y a la racionalización en el aprovechamiento de recursos documentada desde el Calcolítico, y, por otro, refleja un proceso de concentración de la población en grandes núcleos que culminó durante la Segunda Edad del Hierro.

¿Cuál es la explicación de que fenómenos que habían tenido lugar en otras áreas peninsulares hacía centurias, como la aparición de hábitats humanos estables y de economías sedentarizadas (Jordá y otros 1986), sólo culminen en la cuenca media del Tajo con el final de la Primera Edad del Hierro? Resulta sugestivo proponer la siguiente hipótesis:

En la cuenca media del Tajo no existen asentamientos estables de larga duración durante el Calcolítico y la Edad del Bronce, como se desprende del estudio espacial aquí realizado y de los datos procedentes de las zonas limítrofes (Carrobles 1990; Martínez Navarrete 1987; Delibes y otros 1988: 270-271; Blasco 1987: 99; Blasco y otros 1988: 149-150), porque nunca se llegó a abandonar una economía que podríamos denominar, siguiendo la terminología propuesta por Vicent (1989), de tipo neolítico, es decir, una economía de rozas y, por tanto, itinerante, basada exclusivamente en la ganadería y los cereales. La adopción en el Calcolítico del Sureste de la agricultura intensiva (Gilman y Thornes 1985), que se extendió posiblemente hasta La Mancha y el Oriente de la Submeseta Sur en la Edad del Bronce (Nájera 1984; Martín y otros 1993; Díaz-Andreu 1991) mediante mecanismos de presión demográfica y restricción del acceso de los grupos móviles a sus áreas de explotación tradicionales por parte de los grupos periféricos ya sedentarizados (Díaz-Andreu 1991: 602-603), no debió alcanzar las zonas más interiores de la Meseta antes de la ruptura que supone en toda la Península Ibérica la llegada del Bronce Final. Tampoco arribaron a la cuenca media del Tajo las consecuencias económicas y sociales de dichas transformaciones tecnológicas: la ligazón de los agricultores a la tierra mediante inversiones a largo plazo, la aparición de los primeros asentamientos permanentes o el surgimiento de élites encargadas de la de-

fensa de las inversiones; en definitiva, el nacimiento de la complejidad social (Gilman 1987).

Por el contrario, el panorama dibujado para la cuenca media del Tajo parece más próximo al que caracterizaría el Occidente peninsular hasta el tránsito al I milenio a. C., con ausencia de poblados estables, ligada, según Ruiz-Gálvez (1991), a la práctica de una agricultura rudimentaria —con barbechos cortos, sistemas de tala y roza, pobreza e insuficiencia del abonado, y desconocimiento del poder nitrogenante de las leguminosas—, que, a nuestro parecer, debería concebirse más bien como actividad secundaria dentro de una economía con fuerte componente ganadero, al menos para el área central de la cuenca del Tajo. Es en el marco de esta estrecha relación con la vertiente atlántica peninsular, en la que probablemente el valle del río tuvo un papel fundamental como vía de comunicación, donde cobra auténtico significado la raigambre occidental de algunos rasgos observados en el interior (Alvaro 1987; Delibes y otros 1988; Muñoz y otros, *é. p.*). Probablemente ambas zonas estuvieron integradas, salvo el paréntesis de la Edad del Cobre, en un circuito de grupos móviles con un modo de vida neolítico y un sistema de relaciones comparativamente igualitario; aún no «contaminados» por las comunidades en expansión que practicaban una agricultura intensiva y experimentaban procesos de jerarquización social.

No obstante, aunque no se llegó en el Bronce Pleno al establecimiento de auténticos poblados permanentes de larga duración en la cuenca media del Tajo, hay síntomas que permiten pensar que muy probablemente el proceso de expansión del fenómeno desde áreas limítrofes habría terminado culminando más adelante de no haberse visto interrumpido. Dichos síntomas son los siguientes: la desaparición paulatina de asentamientos dispersos y caseríos, el predominio de poblados cada vez más extensos, o el establecimiento de puntos subsidiarios respecto a los poblados para el control visual de la vega; fenómenos todos ellos que revelarían tendencias al crecimiento demográfico, a la concentración de la población y a un novedoso interés defensivo que no podrían explicarse sin el establecimiento previo de algún tipo de mejora en el aprovechamiento y rentabilización de los recursos o, y quizá además, de la presión cada vez más próxima de grupos que pudieran poner en peligro el modo de subsistencia móvil tradicional de las comunidades de la zona.

Parece verosímil que la estabilización definitiva que sufren algunos asentamientos a finales del Primer Hierro tanto en la zona de estudio como en gran parte de la Submeseta Sur (Blasco, 1992: 292; Carrobles 1990) pueda ponerse en relación con la introducción definitiva de mejoras tecnológicas en el cultivo y con la implantación de una agricultura intensiva y sedentarizada. Ello, junto con la incidencia fundamental de circunstancias cuya génesis excede los límites de este estudio, pondría en marcha el mecanismo que, a través del establecimiento definitivo de los primeros poblados permanentes de larga ocupación y del surgimiento de las élites que defenderían el nuevo sistema, conduciría, ya en el umbral de la Segunda Edad del Hierro, hacia la complejidad social.

BIBLIOGRAFIA

- ALVARO, E. DE (1987): La Edad del Cobre en el valle del Tajo. *Carpetania*, 1: 11-42.
- ALVARO, E. DE, MUNICIO, L. J. y PIÑON, F. (1988): Informe sobre el yacimiento de «Los Castillos» (Las Herencias, Toledo), un asentamiento calcolítico en la Submeseta Sur. *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha (Ciudad Real, 1986)*, vol. II: 181-192. Talavera de la Reina.
- ALVARO, E. DE y PEREIRA, J. (1990): El Cerro del Bú (Toledo). *Actas del I Congreso de Arqueología de la Provincia de Toledo (Toledo, 1988)*: 199-213. Talavera de la Reina.
- AMO, M. DEL (1973): Cerámicas de retícula bruñida en Medellín. *XII Congreso Nacional de Arqueología (Jaén, 1971)*: 375-388. Zaragoza.
- ARRIBAS, A. y MOLINA, F. (1979): *El poblado de Los Castillejos en Las Peñas de Los Gitanos (Montefrío, Granada)*. Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada, serie monográfica 3.
- ASQUERINO, M. D. (1979): Fondos de cabaña en el cerro de La Cervera (Mejorada del Campo, Madrid). *Trabajos de Prehistoria*, 36: 119-150.
- BLASCO, M. C. (1987): El Bronce Medio y Final. *130 Años de Arqueología Madrileña*: 83-107. Comunidad de Madrid.
- BLASCO, M. C. (1992): Etnogénesis de la Meseta Sur. En *Paleinología de la Península Ibérica* (Almagro-Gorbea, M. y Ruiz-Zapatero, G. eds.). *Complutum*, 2-3: 281-297.
- BLASCO, M. C., SÁNCHEZ-CAPILLA, M. L. y CALLE, J. (1988): Madrid en el marco de la Primera Edad del Hierro de la Península Ibérica. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 15: 139-182.
- BLASCO, M. C., SÁNCHEZ-CAPILLA, M. L. y CALLE, J. (1991): Yacimiento del Bronce Final y de Época Romana en Perales del Río (Getafe, Madrid). *Arqueología, Paleontología y Etnografía*, 1: 37-148.
- BONET, A. (1987): El Real Sitio y Villa de Aranjuez en el siglo XVIII: Arquitectura y Urbanismo. En *El Real Sitio de Aranjuez y el Arte Cortesano del siglo XVIII*: 17-31. Comunidad de Madrid-Patrimonio Nacional.
- BROWN, P. J. (1982): Malaria in Nuragic, Punic and Roman Sardinia: some hypotheses. En *Studies in Sardinian Archaeology* (Balmuth, M. S. y Rowland Jr. J. R. eds.): 209-235. Ann Arbor.
- BURGALETA, J. y SÁNCHEZ-MESEGUER, J. (1988): Consideraciones en torno a la industria lítica de la Edad del Bronce de La Mancha. *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha (Ciudad Real, 1986)*, vol. II: 291-300. Talavera de la Reina.
- CARRÓBLES, J. (1990): El valle del río Guadarrama. *Actas del I Congreso de Arqueología de la Provincia de Toledo (Toledo, 1988)*: 34-36. Talavera de la Reina.
- CARROBLES, J. y MÉNDEZ-CABEZA, V. M. (1991): Introducción al estudio del Calcolítico en La Jara toledana. *Anàlès Toledans*, XXVIII: 7-24.
- DELIBES, G., FERNÁNDEZ-MIRANDA, M., MARTÍN, A. y MOLINA, F. (1988): El Calcolítico en la Península Ibérica. *Rassegna di Archeologia*, 7: 255-282.
- DÍAZ-ANDREU, M. (1991): *La Edad del Bronce en el Noroeste de la Submeseta Sur. Un análisis sobre el inicio de la complejidad social*. Universidad Complutense de Madrid.
- ENRÍQUEZ, J. J. (1988): Informe sobre las excavaciones llevadas a cabo en el yacimiento de Araya (Mérida, Badajoz). 1983 y 1984. *Extremadura Arqueológica*, 1: 11-19.
- GIL-MASCARELL, M. y RODRÍGUEZ, A. (1988): 'Los Cortinales', un yacimiento calcolítico en Villafranca de los Barros (Badajoz). *Extremadura Arqueológica*, 1: 55-68.
- GILMAN, A. (1987): El análisis de clase en la Prehistoria del Sureste. *Trabajos de Prehistoria*, 44: 27-84.
- GILMAN, A. y THORNES, J. B. (1985): *Land use and prehistory in south-east Spain*. George Allen and Unwin. London.
- HURTADO, V. (1984): *El yacimiento de "La Pijotilla" (Badajoz)*. *Estudio de las relaciones culturales*. Tesis Doctoral inédita. Universidad de Sevilla.
- JIMÉNEZ DE GREGORIO, F. (1962-1986): *Los pueblos de la provincia de Toledo hasta el siglo XVIII. Población, Sociedad, Economía, Historia*. Toledo.
- JIMENO, A. (1984): *Los Tolmos de Caracena (Soria)*. (Campañas de 1977, 1978 y 1979). *Nuevas bases para el estudio de la Edad del Bronce en la zona del Alto Duero*. Excavaciones Arqueológicas en España, 134.
- JORDÁ, F., PELLICER, M., ACOSTA, P. y ALMAGRO, M. (1986): *Prehistoria*. Editorial Gredos. Madrid.
- LÓPEZ, S. (1979): Aportación al conocimiento de los poblados eneolíticos del SO. de la Meseta Norte Española: la cerámica. *Setúbal Arqueológica*, V: 67-102.
- LÓPEZ, A. y ARROYO, F. (1983): Antiguas salinas de la comarca de Aranjuez. *Estudios Geográficos*, XLIV (172-173): 339-370.
- MADOZ, P. (1848-1850): *Diccionario geográfico - estadístico - histórico de España y sus posesiones de Ultramar*. Madrid.
- MARTÍN, C., FERNÁNDEZ-MIRANDA, M., FERNÁNDEZ-POSE, M. D. y GILMAN, A. (1993): The Bronze Age of La Mancha. *Antiquity*, 67 (254): 23-45.
- MARTÍN DE LA CRUZ, J. C. (1986): *Aproximación a la secuencia del hábitat en Papa Uvas (Aljaraque, Huelva)*. *Actas del Congreso «Homenaje a Luis Siret (1934-1984)» (Cuevas de Almanzora, 1984)*: 227-242. Junta de Andalucía-Dirección General de Bellas Artes.
- MARTÍN DE LA CRUZ, J. C. (1987): *El Llanete de los Moros. Montoro, Córdoba*. Excavaciones Arqueológicas en España, 151.
- MARTÍNEZ, G. (e. p.): La industria tallada de la Motilla del Azuer. *La Edad del Bronce en Castilla-La Mancha (Toledo, 1990)*.
- MARTÍNEZ NAVARRETE, M. I. (1979): El yacimiento de «La Esgaravita» (Alcalá de Henares, Madrid) y la cuestión de los llamados «Fondos de Cabaña» del Valle del Manzanares. *Trabajos de Prehistoria*, 36: 83-118.
- MARTÍNEZ NAVARRETE, M. I. (1984): El comienzo de la metalurgia en la provincia de Madrid: La cueva y cerro de Juan Barbero (Tielmes). *Trabajos de Prehistoria*, 41: 17-128.
- MARTÍNEZ NAVARRETE, M. I. (1987): Los primeros períodos metalúrgicos. En *130 Años de Arqueología Madrileña*: 58-81. Comunidad de Madrid.
- MARTÍNEZ NAVARRETE, M. I. y MÉNDEZ, A. (1983): Arenero de Soto. Yacimiento de «Fondos de Cabaña» del horizonte Cogotas I. *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileña*: 183-284.
- MÉNDEZ, A. y GÁLVEZ, P. (1984): Nuevos materiales de la Edad del Bronce en la provincia de Madrid. El yacimiento del km. 3,5 izquierda de la carretera de San Martín de la Vega. *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileña*: 33-73.
- MOLINA, F., MENDOZA, A., SÁEZ, L., ARTEAGA, O., AGUAYO, P. y ROCA, M. (1983): Nuevas aportaciones para el estudio del origen de la cultura ibérica en la Alta Andalucía. La campaña de 1980 en el Cerro de los Infan-

- tes. *XVI Congreso Nacional de Arqueología (Murcia, 1982)*: 689-707. Zaragoza.
- MOLINA, F., NÁJERA, T. y AGUAYO, P. (1979): La Motilla del Azuer (Daimiel, Ciudad Real). Campaña de 1979. *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 4: 265-294.
- MONTERO, I., RODRÍGUEZ, S. y ROJAS, J. M. (1990): *Arqueometalurgia de la provincia de Toledo: Minería y recursos minerales de cobre*. Diputación de Toledo.
- MONTOYA, J. M. (1983): *Pastoralismo mediterráneo*. Monografías, 25. Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.
- MUÑOZ, K. (1990): La margen derecha del río Tajo al Este de la ciudad de Toledo. *Actas del I Congreso de Arqueología de la Provincia de Toledo (Toledo, 1988)*: 26-29. Talavera de la Reina.
- MUÑOZ, K., CARROBLES, J. y RODRÍGUEZ, S. (e. p.): Poblamiento durante la Edad del Bronce en la cuenca media del río Tajo. *La Edad del Bronce en Castilla-La Mancha (Toledo, 1990)*.
- NÁJERA, T. (1984): *La Edad del Bronce en La Mancha Occidental*. Tesis Doctorales de la Universidad de Granada 458. Resumen.
- NÁJERA, T. y MOLINA, F. (1977): La Edad del Bronce en La Mancha. Excavaciones en las motillas del Azuer y Los Palacios (Campaña de 1974). *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 2: 251-300.
- PEREIRA, J. (e. p.): El Bronce Final en Castilla-La Mancha. *La Edad del Bronce en Castilla-La Mancha (Toledo, 1990)*.
- PEREIRA, J. y ALVARO, E. DE (1990): El enterramiento de la Casa del Carpio, Belvís de la Jara (Toledo). *I Congreso de Arqueología de la Provincia de Toledo (Toledo, 1988)*: 215-234. Talavera de la Reina.
- PORRES, J., RODRÍGUEZ, H. y SÁNCHEZ, R. (1986): *Descripciones del Cardenal Lorenzana (Archivo Diocesano de Toledo)*. Toledo.
- QUERO, S. (1982): El poblado del Bronce Medio del Tejar del Sastre (Madrid). *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileña*: 185-247.
- ROJAS, J. M. y RODRÍGUEZ, S. (1990): El Guijo: Aportación al estudio del Calcolítico y la Edad del Bronce en la Cuenca Media del Tajo. *Actas del I Congreso de Arqueología de la Provincia de Toledo (Toledo, 1988)*: 163-198. Talavera de la Reina.
- RUIZ, F. (1975): Una necrópolis de la Edad del Bronce en Yuncos (Toledo). *Sautuola*, 1: 117-133.
- RUIZ-GÁLVEZ, M. L. (1991): Orfebrería, poder y sociedad en la Península durante el Bronce Final. *Seminario «Orfebrería prerromana en la Península Ibérica» (Madrid, 1991)*.
- TARRADELL, M. (1969): La cultura del Bronce Valenciano, nuevo ensayo de aproximación. *Saguntum P.L.A.V.*, 6: 1-30.
- VALIENTE, J. (1984): Pico Buitre (Espinosa de Henares, Guadalajara). La transición del Bronce al Hierro en el Alto Henares. *Wad-Al-Hayara*, 11: 9-58.
- VALLESPI, E., CIUDAD, A., GARCÍA, R. y RAMOS, J. (1987): Conjuntos líticos del Eneolítico y Bronce de la provincia de Toledo, en el Museo de Santa Cruz. *Carpetania*, 1: 69-89.
- VICENT, J. M. (1989): *Aspectos sociales y económicos del comienzo de la metalurgia en la comarca del Noroeste de Murcia: un modelo para la definición del cambio cultural*. Tesis Doctoral inédita. Universidad Autónoma de Madrid.

CARTOGRAFIA

- Caracterización agroclimática de la provincia de Toledo*. Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, 1988.
- Evaluación de recursos agrarios. Mapa de Cultivos y Aprovechamientos. Escala 1:50.000. Hoja número 605. Aranjuez*. Ministerio de Agricultura, 1982.
- Mapa Geológico de España 1:50.000 Explicación de la Hoja número 605. Aranjuez*. Instituto Geológico y Minero, 1945.
- Mapa de la Productividad Forestal Potencial de Madrid. Escala 1:200.000*. Comunidad de Madrid, 1985.